

13. Rivas, 29 de junio de 1855

EL MINISTRO DE LA GUERRA LEONÉS le ordena al coronel Félix Ramírez incorporársele a Walker con 200 soldados de infantería para la expedición a Rivas. Ramírez es leal a Muñoz: en consecuencia, "lento en moverse y mostró apatía por la empresa, considerándola arriesgada y desatinada".²²⁴ Cuando el *Vesta* se hace a la mar, sólo 110 nativos forman filas en cubierta, como fuerza auxiliar de los 55 de la Falange.²²⁵ El 27 de junio en la noche desembarcan en El Gigante, bahía solitaria treinta kilómetros al norte de San Juan del Sur, puerto terminal de la Ruta. La columna inicia su marcha hacia el interior a medianoche, con la Falange al frente, Ramírez en la retaguardia y los cargueros con las municiones tapadas por cueros en el centro. Los soldados llevan en las mochilas provisiones para dos días, pues Walker piensa cubrir veinticinco kilómetros sobre senderos silenciosos en la selva, y tomar Rivas por sorpresa el 28 a altas horas. Pero no lo logrará.

Antes que Walker zarpe de El Realejo, el vicecónsul inglés en León, Thomas Manning, envía un correo avisándole al general Corral en Managua que Walker va sobre Rivas. El correo (un alemán) cruza las líneas leonesas con salvoconducto del general Muñoz. Manning es el intermediario en las pláticas de paz entre Muñoz y Corral, y considera "funesta" para el país la presencia de Walker en Nicaragua, "y que la autonomía del país estaba amenazada".²²⁶ Muñoz consiente que Castellón envíe a Walker sobre el Departamento Meridional, confiado en que el filibustero será "indefectiblemente deshecho en Rivas".²²⁷ Además, al distraer la atención de Corral en el sur, Muñoz mejora la posibilidad de derrotar a los legitimistas en otro frente. En sus cálculos, el descabro de Walker en Rivas fortalecerá su propia

posición, debilitará a Castellón y facilitará las pláticas con Corral, con lo cual "la República se salvaría de perder su autonomía".²²⁸

Corral, en Managua, no pierde tiempo en prepararle una calurosa acogida a Walker en Rivas. De inmediato envía al coronel Manuel del Bosque con sesenta cívicos en una goleta de Granada a San Jorge, los que llegan a Rivas el 27 al mediodía, horas antes de que Walker desembarque en El Gigante. Bosque toma el mando de la ciudad, donde hay sólo veinte cívicos. Rivas no es zona de guerra: todas las tropas regulares del departamento (ochenta soldados) están en San Juan del Sur. Bosque recluta cincuenta cívicos más, (para un total de 130 combatientes), construye barricadas y dispone sus defensas. El 28, al atardecer, recibe noticia de haberse visto una embarcación por la costa cerca de El Gigante. Con urgencia despacha veinticinco batidores en esa dirección. Un aguacero torrencial retarda el avance, tanto de los filibusteros como de los cívicos, y en Tola, aldea quince kilómetros al norte de Rivas, los batidores se detienen a esperar que amaine un poco la lluvia. Cuando los filibusteros entran esa noche en el pueblo, sobre ríos de agua en medio de la tormenta, sorprenden a los soldados nicas jugando naipes en el corredor de una casa frente a la plaza, sin centinela. Los rifles de la Falange dejan tendidos a varios cívicos, pero los demás escapan y llevan a Rivas la noticia de que los invasores están en Tola. Bosque entonces envía órdenes a la guarnición de San Juan del Sur para que acuda a defender Rivas.

El 29 al amanecer cesa la lluvia e ilumina el cielo un sol radiante. Los filibusteros salen de Tola después del desayuno (huevos, pollo y carne asada), y aligerando el paso se aproximan a Rivas al mediodía. Entran por el camino de Granada, al noroeste, marchando de dos en fondo; después de la acción de Tola, no puede haber ataque por sorpresa. Ya en las rondas de la ciudad, Walker ordena a Ramírez que vaya con su tropa a cubrir los otros caminos por donde el enemigo pueda tratar de escapar. Aunque estima que los defensores superan a la Falange en proporción de diez a uno y sabe que están esperándolo, no duda un momento que sus 55 falanginos tomarán la plaza

solos. Cuando le da a Doubleday la orden para Ramírez, el edecán, estupefacto, le sugiere que no conviene deshacerse de los nativos pues los puede necesitar en el ataque. Walker lo para en seco, y:

... con una sonrisa cuyo significado pronto aprendimos a comprender a plenitud, me respondió que yo aún no había visto lo que sus 55 falanginos, con las armas que tenían, eran capaces de hacer, y, sintiendo que debido a que apenas nos estábamos conociendo él podría malinterpretar lo que yo le contestara, simplemente agaché la cabeza y retorné a mi puesto a su lado.²²⁹

Walker tiene razón, en parte: los fusiles de chispa de los legitimistas no son ni parecidos a los rifles Mississippi y revólveres Colt de los norteamericanos. Con armas inferiores, en manos de reclutas bisoños, la puntería de los nicaragüenses deja mucho que desear. Sin embargo, en sus barricadas en las calles y tras las troneras en las paredes, los cien defensores detienen el avance de Walker antes que se acerque a la plaza principal. Y cuando en el fragor del combate llega el teniente coronel Manuel Argüello con la tropa de San Juan del Sur, los filibusteros tienen que refugiarse en un par de casas de adobes en las afueras de Rivas. Presintiendo una victoria, los legitimistas pasan al ataque y toman una de las casas, pero no la más grande. El ataque frontal no sólo termina en fracaso, sino también en carnicería:

... el enemigo lanzó un ataque frontal a bayoneta calada, bien organizado. De haber penetrado en el recinto, en lucha cuerpo a cuerpo en el estrecho espacio en que los rifles no sirven, su superioridad numérica nos hubiera acabado en un dos por tres. Pero ... mientras Kewen, Walker y yo de hecho los rechazamos, desviándoles sus bayonetas con el filo de nuestras espadas, los demás, disparando sobre nuestros hombros, pronto detuvieron el avance enemigo en la puerta, sembrando en el dintel un montón de cadáveres. Primero se detuvieron y luego a toda prisa se retiraron, dejando la hecatombe de sus muertos como testigos mudos de la certera puntería de los rifles.²³⁰

Entonces ofrecen cincuenta pesos de premio al voluntario que incendie la casa. Emmanuel Mongalo y otro cívico ponen manos a la obra: tea en mano, le pegan fuego al techo. Mongalo rehusa los veinticinco pesos y pasa a la Historia; su compañero los acepta y su nombre desaparece en el olvido.²³¹ La acción de Mongalo gana la batalla: al quemarse las cañas y las vigas, llueven tizones y tejas calientes sobre los filibusteros, que salen en estampida por el patio trasero a un barranco, se internan en el bosque y huyen hacia San-Juan del Sur. Cuarenta y cinco escapan, siete de ellos heridos. Otros cinco heridos no pueden correr y son masacrados por los victoriosos legitimistas, enardecidos contra los piratas yanquis aliados de los leoneses.

Las campanas a vuelo en las iglesias de Rivas cantan victoria. El coronel Bosque cuenta veinticinco muertos y veintiocho heridos entre sus tropas; catorce cadáveres norteamericanos y doce leoneses; muchos rifles y revólveres capturados, pero ni un solo prisionero. Estando los legitimistas demasiado cansados para perseguir a los filibusteros o enterrar a sus muertos, a la mañana siguiente una pira de cadáveres norteamericanos pone el toque final a la Batalla de Rivas del 29 de junio de 1855. Al narrar la batalla en *La Guerra en Nicaragua*, Walker cuenta once falanginos muertos y siete heridos, por lo menos setenta legitimistas muertos y otros tantos heridos, pero olvida mencionar las bajas leonesas. Quizás fue intencional, ya que Ramírez y casi toda su gente corren hacia San Juan del Sur y Costa Rica en cuanto Walker les dice que la Falange no necesita ayuda para derrotar al enemigo.

Cruzando platanares, potreros y cacaotales, sobre fangales en las trochas y luego en el camino del Tránsito, los filibusteros derrotados llegan a San Juan del Sur el 30 de junio al anochecer. Toman posesión del puerto sin encontrar resistencia, pues todas las tropas se han ido a reforzar Rivas el día anterior. Walker se apodera de la goleta costarricense *San José* en la bahía para regresar en ella a El Realejo. Ya listos a zarpar, se desata un incendio en el puerto. Oliver Dewey, onundo de Kentucky, y un marinero llamado Sam, aprovechan la presencia de los filibusteros para pegarle fuego al cuartel, en

represalia por agravios recibidos de los legitimistas. Dewey ha hecho amistad con los falanginos ese día, al encontrarse con ellos en el Camino del Tránsito, y Sam es el dueño de una lancha que acompaña al *Vesta* en la travesía de El Realejo a El Gigante. Tras indagar los hechos, Walker aplica juicio sumario al estilo de los Vigilantes californianos (consulta con dos subalternos, Hornsby y Markham) y condena a los incendiarios a muerte. Sam logra huir, pero Dewey no puede: su cuerpo pasconeado de balas es tirado al mar envuelto en un saco de lona. Como explica Walker en su libro, "la reputación futura de los Americanos en Nicaragua dependía, en gran parte, del castigo que le dieran a Dewey por su crimen".²³² Para los nicaraguenses, el cadáver de Dewey muestra de cuerpo entero el futuro imperio anglosajón de Walker.

Durante la travesía la *San José* se encuentra con el *Vesta*, la Falange transborda y prosigue rumbo norte a El Realejo en el bergantín. A la mañana siguiente, ambas naves entran juntas al puerto. Unos cuantos soldados de Ramírez, retornando por el camino de la costa de Rivas a Chinandega, han ya reportado los incidentes de la expedición. Varios líderes demócratas chinandeganos visitan a Walker en el *Vesta* al poco rato de anclar, y Walker envía con uno de ellos a Castellón su informe escrito de los sucesos en el sur: se queja de la conducta de Ramírez, que él cree se ha corrido en Rivas por sugerencia u órdenes de Muñoz —concluye— y, si Castellón no investiga y aclara el asunto, la Falange se va de Nicaragua. Al día siguiente el Dr. Livingston lleva a Walker la respuesta de Castellón: el Director felicita a los falanginos por su actuación en Rivas, les agradece sus servicios y les ruega que no lo abandonen; pero no menciona a Muñoz, cuya conducta no puede darse el lujo de investigar en la situación crítica en que está su gobierno cuando el poderoso ejército de Corral se apresta en Managua a caer sobre León —según el propio Livingston le explica al filibustero. Mas Walker insiste, habiendo decidido permanecer en el *Vesta* mientras sanan sus heridas, y, aprovechando ese descanso, "para recalcarle con claridad meridiana al Director Supremo y su partido la necesidad que tienen de la Falange".²³³

Las cartas diarias de Castellón no hacen ceder a Walker. Finalmente, el Director va en persona a El Realejo, acompañado de su cuñado don Mariano Salazar, comerciante rico y el más enérgico de los líderes de la facción democrática. Ambos prometen suministrarle a Walker los recursos que necesite, y de ahí en adelante Salazar paga de su propia bolsa los gastos y pertrechos de la Falange.²³⁴ Habiendo logrado lo que quiere, Walker cede, deja a sus heridos en Chinandega, donde se provee de bestias y carretas, y marcha a León acompañado de Byron Cole, recién llegado de Honduras.

En León, Walker, Castellón y Muñoz conferencian en la casa del Director. A petición de Castellón, no aluden al pasado. Las pláticas son corteses y naturalmente sin resultado. Walker pide una fuerza auxiliar nativa de 200 hombres bajo el mando de un oficial de su confianza para caer de nuevo sobre el Departamento Meridional. Muñoz, por su parte, quiere dividir a los norteamericanos en grupos de diez para distribuirlos entre los diferentes cuerpos de tropas nativas y marchar en varias direcciones sobre Granada. Ninguno de los dos cede una pulgada. Aún cuando Walker busca la ayuda de Jerez, quien sigue molesto por haber sido desplazado del mando del ejército por Muñoz, el Director no puede pronunciarse en contra del General en Jefe y se limita a hacer promesas vagas. Walker regresa a Chinandega, decidido a ejecutar sus planes con o sin el apoyo oficial de Castellón. Como primer paso, le pide a Byron Cole que modifique el contrato con el Director, lo cual obtiene sin problema. Se anula la anterior contrata de colonización y el gobierno de Castellón autoriza a Walker a enrolar en su ejército 300 mercenarios norteamericanos, prometiéndole a cada uno \$100 mensuales y 500 acres de tierras al terminar la campaña. Y ahí mismo Castellón otorga poderes a Walker para arreglar las cuentas pendientes entre Nicaragua y la Compañía del Tránsito.

En esos días el cólera morbo aniquila al ejército de Corral en Managua, eliminando de súbito la amenaza de un ataque legitimista a León en ese sector. Pero por otro lado, el afamado general hondureño Santos

Guardiola —el temido "Carnicero de Centro América"— sale con tropas de Granada hacia Condega, al norte. Tras reclutar refuerzos en Matagalpa y las Segovias, podrá descender sobre León o avanzar sobre Comayagua, capital de Honduras, a derrocar al presidente Trinidad Cabañas, aliado de Castellón y Jerez. Confrontando ese peligro, Muñoz marcha hacia el norte con 600 hombres, la flor y nata de su ejército. Entretanto, con el dinero de Salazar, Walker compra todos los rifles que puede en León y Chinandega y resarce las municiones gastadas en Rivas. Enseguida espera, habiendo encontrado al oficial nativo que necesita para llevar a cabo sus planes: el sub-prefecto de Chinandega, coronel José María (*Chelón*) Valle. Al narrarlo en *La Guerra en Nicaragua*, Walker explica que él tuvo que "esperar el desarrollo de los acontecimientos y escoger el momento oportuno para ejecutar los designios que tenía en mente".²³⁵

El acontecimiento que permite a Walker ejecutar tales designios es el asesinato de Muñoz, el 18 de agosto de 1855. Ese día Muñoz derrota a Guardiola en la batalla de El Sauce y, al culminar su triunfo, cae asesinado por la espalda por uno de sus propios soldados. "Un joven hondureño, José María Herrera, buen artillero, que sirvió en Jalteva todo el tiempo de la guerra [al lado de Valle, bajo Jerez], y que se alistó en la división democrática que combatió en El Sauce, ha sido señalado como el instrumento a quien se confió el asesinato".²³⁶ *Chelón* Valle, viejo compinche de Bernabé Somoza (derrotado y muerto por Muñoz en 1849), "odiaba de corazón a Muñoz" y con igual ahínco deseaba "lavar la mancha de la traición de Ramírez [a Walker]".²³⁷ Desde la primera vez que lo ve, Walker se da cuenta de que "Valle tenía gran influencia sobre los soldados de León y Chinandega" y de que es voluble, fácil de encauzar, lo que Walker aprovecha "haciéndole dar pasos positivos en la empresa".²³⁸ Que los "pasos positivos" de Valle incluyen el asesinato de Muñoz por su amigo Herrera bajo la hábil dirección de Walker, se puede leer entre líneas en *La Guerra en Nicaragua*, en particular en el panegírico de Walker para el asesino. Fuera del asesinato de Muñoz,

Herrera juega un papel insignificante en la guerra, y en 1856 deserta del ejército de Walker; éste no menciona el asesinato en su libro, pero oculta la deserción en gratitud a Herrera, cubriéndolo de fama póstuma con las siguientes palabras:

Quando el Batallón de Rifleros llegó a Nagarote [en junio de 1856], siguieron la marcha hacia Masaya junto con los Batidores y el nuevo Batallón de Infantería. En Managua se encontraron con el comandante de la guarnición, José Herrera, firme en su lealtad a los Americanos, y así continuó hasta la muerte, a pesar de los esfuerzos de su hermano para desviarlo de la senda del deber, siendo ejecutado por los aliados poco tiempo después, bajo sentencia de un consejo de guerra, por su fidelidad a los Americanos.²³⁹

La verdad, según narra don Jerónimo Pérez, es que cuando José Herrera deserta del ejército de Walker, se rinde a los Aliados centroamericanos y éstos lo fusilan, su hermano Miguel (quien es un oficial en el Ejército Aliado) le refiere al General en Jefe de Guatemala, que en la capilla le dijo José "que no se afanase por salvarle, porque debía morir para que con él se sepultase un crimen, y era la muerte de Muñoz".²⁴⁰ Conforme observa Walker en *La Guerra en Nicaragua*: "Si Muñoz ha logrado coger desprevenidos a los Americanos, lo probable es que los habría desarmado y echado fuera del país".²⁴¹ El recibirse la noticia de El Sauce en León, el Director Supremo Castellón le escribe a Walker, asegurándole que "ya con Muñoz ausente, todo irá bien".²⁴² Eliminado Muñoz, el 23 de agosto de 1855 Walker zarpa de nuevo de El Realejo en el *Vesta*, con la Falange y las fuerzas auxiliares nativas que Valle recluta en Chinandega, para ocupar el camino del Tránsito en el Departamento Meridional y de ahí toda Nicaragua.